

LA TÉCNICA DEL RIESGO CALCULADO EN EL MUNDO INTERNACIONAL POSBÉLICO

SUMARIO

I. Planteamiento del problema.

II. Foster Dulles y la Brink of War Policy.

Un artículo de LIFE y sus precedentes aclaratorios.—Cómo los Estados Unidos se vieron, en tres ocasiones, al borde de la guerra (Corea-Indochina-Formosa).—El riesgo de la guerra y el contrapunto del sistema de la paz a cualquier precio.—El riesgo de guerra, el *statu quo* posbélico y la liberación de los pueblos satelitizados.—Diferir no es eliminar.

III. «Tests» aplicables a la experiencia del riesgo calculado.

Detractores y panegiristas de la integración europea.—Vencedores, vencidos, continentalistas e insularistas (Francia e Inglaterra).—El metropolitanismo como obstáculo a la integración de Europa y en cuanto factor indirecto de la guerra fría. El llamado monolito ruso y su consistencia.

IV. La técnica compleja del riesgo a largo plazo.

Tesis staliniana sobre el proceso de descomposición del mundo capitalista.—Aceleración del proceso, a medio de la refracción del mercado mundial (el sedicente monolito ruso).—El plan quinquenal 1956-1960 y sus posibles consecuencias.—La penetración económica rusa, en el Oriente Medio, en el Sudeste asiático y en Hispanoamérica.—Dos tácticas frente a frente: la rusa y la norteamericana.—Apreciación objetiva de sus posibilidades de éxito.—Neutralismo y merma especial del mundo libre.—Norteamérica, Rusia e Hispanoamérica.—La sinuosidad rusa y los métodos de la Wall Street. Deducciones a consignar.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

¿Qué está sucediendo en el mundo, a partir de la primavera de 1945? Suponemos que tal interrogante merecerá algo más que la indiferencia por parte de aquellos a quienes pueda ser formulada, ya que el problema implicado en esa pregunta, nos afecta a todos, sin excepción. Pero al mismo tiempo sospechamos, que, conocido ese planteamiento, se nos replique así: ¿por qué no reemplazar tal demanda, por otra, portadora de más acusada relevancia? y se agregará: he aquí lo que a todos inquieta, inquirir respecto a lo que pueda acontecer en este mundo posbélico, en estos años, próximos o lejanos. La verdad es que ya no tiene aplicación posible, aquella apreciación que antes se formulaba con reiteración manifiesta, sosteniendo como tesis que la guerra podría evitarse, sobre todo si se impedía la acción corrosiva y disociadora de los que preparaban la guerra en épocas de paz y vivían en paz en el curso de las guerras, generalmente incrementando sus fortunas. Hablar hoy de beligerantes y neutrales, de poblaciones pacíficas y de combatientes dando a entender con ello la existencia de una

línea divisoria, que señalase la posible reducción y localización de la guerra, vale tanto como referirse a un criterio, tan acentadamente anacrónico, que tiene su lugar señalado en un museo de reliquias.

Desgraciadamente, si un día estallase la tercer guerra mundial, ésta no tan sólo tendría el carácter de total, abarcando en sus efectos destructores a todo el mundo, sin excepción, sino que se habría realizado la siniestra predicción de Wells (la guerra mataría a la guerra), ya que no restaría posibilidad de convalecencia, ni sobrevivirían fuerzas o núcleos, capaces de reintegrar al mundo, a una relativa y terriblemente agónica estabilidad. Al formular este juicio, nos atenemos a consideraciones realistas, sin que el alarmismo entre para nada en esta interpretación, que algunos acaso motejaron de exageradamente siniestra.

No pudiendo registrarse disentiimiento, en lo que atañe a los efectos atomizantes de una tercer guerra mundial, es perfectamente explicable, que todos, sin excepción, prendamos nuestra esperanza en la no realización de tan ingente choque. Ello a su vez, nos lleva a insistir en la pregunta antes formulada, ¿existe posibilidad de evitar tan cruel epílogo?, ¿hacia dónde vamos? Preguntas, angustiosas y explicables a la vez, que hoy andan en boca de este mundo posbélico y alucinado. No es nuestro propósito (que consideramos por encima de nuestras posibilidades) aludir a esta cuestión angustiosa y encararnos con ella; por lo cual, más que inquirir respecto de aquello que pueda suceder, estimamos más discreto e incluso más realizable, el interrogar así: ¿qué está sucediendo en el mundo?, ¿cuál ha sido la trayectoria del mismo, desde 1945? y la respuesta viene a los labios: la humanidad desde que emudeció el cañón, pronto hará once años, vive en situación de peligrosa inestabilidad, sin que perciba progreso, en el sentido de la posible reinstalación de una mínima estabilidad. ¿Qué causas generan esa situación de angustiosa emergencia? ¿Existe medio para torcer el rumbo del mundo posbélico? Sobre las precedentes interrogantes nos proponemos discurrir seguidamente, con el propósito, acaso excesivamente ambicioso, de brindar algunas apreciaciones que puedan aclarar, de un la-

do, cómo se ha generado este riesgo y, de otro, si éste es susceptible de domeñación o si, por el contrario, está semejante intento por encima de nuestros deseos encaminados a convertirlo, sino en inocuo, por lo menos en tolerable. A tal fin repartiré mi atención sucesivamente en tres direcciones: 1.^a—Analizar la doctrina del riesgo, según la versión de Foster Dulles; 2.^a—Ofrecer una interpretación de la tesis denominada del riesgo calculado; 3.^a—Penetrar en el contenido, complejo, del riesgo a largo plazo.

II.—FOSTER DULLES Y LA «BRINK OF WAR POLICY»

Un artículo de LIFE y sus precedentes aclaratorios.—Cómo los Estados Unidos se vieron, en tres ocasiones, al borde de la guerra (Corea-Indochina-Formosa).—El riesgo de la guerra y el contrapunto del sistema de la paz a cualquier precio.—El riesgo de la guerra, el *estatu quo* posbélico y la liberación de los pueblos satelitizados.—Diferir no es eliminar.

En el volumen 40, número 3 de la difundida Revista LIFE, edición norteamericana, correspondiente al 16 de enero de 1956, se inserta un extenso artículo, firmado por James Shepley. De la importancia que los editores de LIFE asignan a ese trabajo, da idea el hecho de que en la cubierta de la revista y con caracteres destacados, se insertan estos titulares «Tres veces al borde de la guerra. Cómo Dulles jugó y ganó». En cuanto rótulo específico del citado trabajo, se nos da el siguiente: «Cómo Dulles previno la guerra». Dicho artículo pretende ser una especie de justificación, del sistema ideado y practicado por Foster Dulles y al cual se le denomina Brink of war policy (política de al borde de la guerra). El autor del artículo no oculta su reacción admirativa respecto de la política internacional practicada por Foster Dulles, a la cual atribuye notoria eficiencia.

Las afirmaciones de James Shepley tienen un marcado carácter apologético, ya que no otra cosa significa el afirmar que los Estados Unidos, desde los lejanos tiempos de aquel gran triunvirato, que actuara a fines del siglo XVIII (Franklin-Adams-Jefferson) no habían contado con un diplomático tan competente como Foster Dulles.

Para situar adecuadamente lo que significa ese artículo, que tantas y tan apasionadas polémicas ha despertado, nutridas por los detractores y apologistas de la política internacional patrocinada por Foster Dulles y con el propósito de lograr la eliminación de cuanto pudiera implicar versiones erróneas, hagamos constar que nos han ofrecido una versión recusable del citado artículo, quienes atribuyen la paternidad o la inspiración del mismo a Foster Dulles. La verdad es que, ni el Secretario de Estado norteamericano redactó dicho artículo, ni conoció de antemano el original del mismo y menos aún revisó las pruebas de imprenta. Es decir, que así como Foster Dulles fué autor de otro artículo publicado en LIFE (19 mayo 1952), con el título: «Por una política de audacia» (A Policy of Boldness), cuando no era Secretario de Estado, ahora no se ha reiterado la experiencia de su colaboración directa. El contenido de ese artículo, aparecido en 1952, fué por nosotros oportunamente valorado (1) y nos sorprende que no haya sido exhumado en la presente ocasión, ya que la tesis, entonces avalada por Foster Dulles, puede considerarse, substancialmente, como un lejano anticipo o precedente de la doctrina de «Brink of War». La tesis, entonces construída por Foster Dulles, esencialmente se integraba por las siguientes afirmaciones básicas: en política internacional, la acción prima siempre respecto de la reacción, lo dinámico se antepone a lo estático, la iniciativa condiciona la réplica. Añadía Foster Dulles: la actual política internacional norteamericana, es dispendiosa por su costo y porque puede poner en peligro la amistad y la libertad de las naciones que se alinean en el mismo frente

(1) Camilo Barcia Trelles "El Problema de la alteración del equilibrio político en el mundo posbélico". San Paulo, 1955. Páginas 22 y siguientes.

dialéctico que los Estados Unidos. Malgastamos nuestro prestigio y malbaratamos nuestras amistades en el área del mundo no satelitizado. En los últimos seis años, nuestra política ha sido la llamada de «contención»; tal política no parece adecuada para eliminar el peligro ruso, sino más bien resulta un sistema de resignación, ante lo que se estima perennidad de amenaza soviética.

En la actualidad, el pensamiento de Foster Dulles, se ha reflejado esquemática y fielmente, del siguiente modo: «Desde luego, a nosotros nos han arrastrado al borde de la guerra. La habilidad de llegar al borde de la lucha, sin entrar en la misma, es el arte que debemos desplegar. Si uno trata de escapar de la guerra, si nos asusta llegar al borde de la contienda, entonces todo está perdido. Hemos llegado al borde y hemos mirado la guerra, cara a cara, adoptando una actitud enérgica».

¿Cuándo y cómo han estado los Estados Unidos al borde de la guerra? Es lo que James Shepley intenta explicar en su artículo y que substancialmente puede reflejarse del modo siguiente:

1.º -Son las dos de la mañana del 18 de junio de 1953; suena el teléfono instalado en la cabecera del lecho de Foster Dulles; la noticia que se comunica al Secretario de Estado, es grave: Syngman Rhee, ha libertado a los miles de prisioneros nordcoreanos y comunistas chinos, que se negaban a tornar a su punto de origen. Acaso el anciano Presidente coreano, creía que ese golpe de teatro, truncaría las negociaciones de paz, entonces en curso, se reanudarían las hostilidades y ello posibilitaría la puesta en práctica de un designio de Ree (alcanzar, por las armas, la reunificación de Corea). Foster Dulles, cuando las negociaciones de paz en Corea estaban en curso y ante la posibilidad de llegar a un punto muerto y que éste constituyese antecedente de una reapertura de hostilidades, había sugerido la puesta en práctica de un sistema reactivo: era preciso que Rusia no incurriese nuevamente en errores de cálculo, como había sucedido en 1950, cuando la U.R.S.S. organizó e instigó el acto de agresión al Norte del Paralelo 38, creyendo que los Estados Unidos, no harían frente a tal agresión. A tal efecto, en diá-

logos mantenidos con Jawahrlal Nehru, Foster Dulles había hecho presente que, caso de reanudarse las hostilidades en Corea, los Estados Unidos emprenderían la guerra con todas las consecuencias, sin detenerse ante el famoso santuario manchuriano, que sería igualmente bombardeado. La doctrina, lamentable y absurda, del santuario manchuriano, la construyera Rusia al amparo de una desdichada apreciación de Dean Acheson, cuando el entonces Secretario de Estado, el 12 de enero de 1950 (seis meses antes de producirse la agresión nordcoreana) hacía saber que Corea no estaba incluida en el perímetro defensivo de Norteamérica, que comprendía las Aleutianas, Japón y Filipinas. Rusia torpemente aleccionada por la imprudente declaración de Acheson, creyó firmemente que ni Norteamérica, ni la O.N.U. se decidirían a hacer frente a la agresión desencadenada al norte del paralelo 38. Una razón que parece concurrir en apoyo de la tesis precedente, es que Rusia se retiró del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y por ese motivo no pudo con su veto impedir que la O.N.U. aprobase la acción colectiva, como única réplica adecuada a la agresión consumada.

A mayor abundamiento, este problema había sido tratado a bordo del crucero «Helena», cuando Eisenhower, a la sazón Presidente electo, regresaba de Corea, después de realizar su prometida visita. Entonces se decidió, que, caso de reanudarse las hostilidades, los Estados Unidos, lucharían, dispuestos a vencer, sin tener para nada en cuenta la tesis de la invulnerabilidad de los sedicentes santuarios manchurianos.

Por consiguiente, la reacción de los Estados Unidos, ante el hecho consumado por el Presidente Syngman Rhee, estaba predeterminada: si se rompían las negociaciones, sería llegada la coyuntura de poner en acción la fuerza de los Estados Unidos, decisión que Rusia y China conocían de modo inequívoco. El resultado es bien conocido: prosiguieron las negociaciones de paz, que terminaron 39 días después; la técnica norteamericana de llegar al borde de la guerra, había sido puesta a prueba por vez primera, saliendo fortalecido el criterio de lo que pudiéramos denominar, aceptación consciente del riesgo calculado.

2.º—Abril de 1954; Francia requiere de los Estados Unidos una ayuda encaminada a liberar los efectivos franceses, sitiados en Dien Bien Phu. Foster Dulles estimó que el objetivo era demasiado reducido y pensó si la amenaza china en dirección del Sudeste Asiático, no justificaba precisamente una acción conjunta de Francia, Inglaterra, Norteamérica y los países del sudeste asiático, reiterando en Indochina el sistema reactivo puesto en práctica en Corea en 1950. Foster Dulles inició negociaciones con Francia e Inglaterra, pero previamente se había enviado a los portaviones *Boxer* y *Philippine Sea*, con misión de patrullar en aguas del sudeste asiático, provistos de armas atómicas. La sugerencia norteamericana de acción conjunta, tropezó, en definitiva, con la negativa británica y lo que podía haber sido acción coercitiva de tipo colectivo, derivó hacia las negociaciones de Ginebra, poniéndose en ellas fin al problema indochino. Parece fuera de toda duda que la acción simbólica de los Estados Unidos, enviando los citados portaviones, condicionó la actitud china en Ginebra, actuando como elemento de presión, para que China, en definitiva, se inclinara por la avenencia. Tal fué la segunda experiencia, del sistema de la «Brink of War Policy», una vez más satisfactoria, al menos aparentemente.

3.º Entre el período final del año de 1954 y el inicial de 1955, se incrementaban las maniobras amenazantes para las islas de Matsu y Quesnoy. Ante esa situación, Foster Dulles redactó un proyecto de Resolución, que, aprobado por el Presidente Eisenhower, fué respaldado en el Congreso de Washington, por abultada mayoría; por esa Resolución se autorizaba al Presidente al empleo de fuerzas militares, para el caso de que los comunistas chinos atacasen Formosa. Tal Resolución, por su carácter de público acuerdo, fué conocida por los comunistas chinos. A mayor abundamiento, Foster Dulles, en una entrevista con el Primer Ministro birmano NU, reiteró cuál era el designio de los Estados Unidos. Como antes Nehru, ahora NU, hizo saber a Pekín cuáles eran los propósitos que abrigaba Norteamérica.

En las tres experiencias citadas, se puso en juego el propósito de replicar a una posible agresión, en Corea, Indo-

china y Formosa, con el sistema de las represalias masivas (massive retaliation), que Foster Dulles caracterizaba del siguiente modo: existen específicos objetivos, conectados con esas áreas. No se trata de proceder a la destrucción masiva de grandes poblaciones, como Shanghai, Pekín o Cantón. Las represalias deben organizarse con arreglo a normas selectivas. Lo importante es que el agresor sepa de antemano, que va a perder más de lo que pudiera ganar. No hace falta que sea mucho más; basta con que sea algo más. Si la coacción es de tal naturaleza, que el resultado le sea claramente desfavorable, el agresor no actuará.

En un artículo publicado en la Revista «Foreign Affairs» (abril 1954), Foster Dulles hacía saber que por «represalias masivas» no debía entenderse el propósito de un ataque a Moscú, sino su empleo en la medida necesaria para que la agresión no resultase rentable. Así la amenaza de punición evitaría el crimen.

El sistema del riesgo de la guerra, encuentra su contrapartida, en otra tesis que resulta ser fruto, no por indirecto menos innegable, del aislacionismo norteamericano. Su época de vigencia, podemos referirla al período que coincide con los años iniciales de la guerra europea número uno, cuando ocupaba la Secretaría de Estado William Jennings Bryan. Entonces imperaba en Norteamérica un extraño pacifismo, expresado en el slogan: *paz a toda costa* (peace at any price) o sistema de la neutralidad apatriótica e inalterable. ¿Cuáles fueron las consecuencias de esa posición dialéctica? Sencillamente que el I Reich alemán creyó que nada ni nadie alteraría la decidida voluntad neutralista de los Estados Unidos, ni siquiera el desencadenamiento de una guerra submarina sin restricciones. Todo esto en lo que atañe a la posición alemana, cuando iban ya transcurridos tres años de guerra, sin contar con lo que había influido en la decisión alemana de desencadenar la guerra, el especular con la inhibición norteamericana.

La experiencia se reitera en 1939, ya que entonces, una vez más (en esta ocasión acaso aún más acentuadamente), los Estados Unidos, mediante sus leyes de 1935 y 1937 y a través de la Declaración de Panamá (septiembre de 1939),

proclaman su voluntad de neutralidad *a priori*, que se propusieron extender a la integridad del Hemisferio Occidental, con la sola excepción del Canadá, que, por su Calidad de Dominio británico, figuraba como beligerante desde el comienzo de las hostilidades. Se dirá, ¿es que la inclinación norteamericana hacia el neutralismo sistemático, constituía garantía absoluta de que los Estados Unidos renunciaban a toda posibilidad de alinearse en el mundo beligerante? Ciertamente no, pero no olvidemos cómo la Alemania de 1939, había prendido sus esperanzas de pronta y aplastante victoria, en los efectos de la guerra relámpago (Blitz Krieg) y si a la contienda se le asignaba una corta duración, no podía incluirse entre lo verosímil el que los Estados Unidos abandonasen su neutralidad antes de que la guerra relámpago rindiese sus frutos.

De ahí que ante la triple experiencia registrada en Asia, al poner a prueba, satisfactoriamente, la eficiencia de la «Brink of War Policy», se pensase que si los Estados Unidos, en los días cruciales de 1914 y 1939, mostrasen igual resolución, acaso se hubiese alterado el curso de la historia. Otra consecuencia: no hay mejor antidoto frente a la agresión que el hacer saber con tiempo, al que todavía no rebasó la condición de agresor potencial, que una aventura bélica implicaría la reacción de los Estados Unidos, con todo el poder a su alcance, que estaban dispuestos a desplegar.

Si lo que antecede es evidente (y a primera vista así nos lo parece) resultará que la «Brink of War Policy», es un poderoso agente de paz y el único procedimiento para paralizar una posible acción bélica del potencial agresor. Ahora bien, cabe preguntarse ¿evitar el estallido de guerras, verosíblemente limitadas, al menos en su etapa inicial, significa que con esas paralizaciones avanzamos en el camino conducente a una posible instauración de la paz? O, simplemente ¿es que los problemas no quedan así en estado letárgico, sin perjuicio de una posible reactivación de los mismos, en un próximo o alejado futuro? La pregunta no carece de relevancia y por considerarlo así, queremos hacernos eco de la misma.

Ante todo, digamos que no fueron los Estados Unidos,

los que colocaron al mundo al borde de la guerra, en Corea, Indochina y Formosa, sino que se debió a la acción de los agresores, actuales o potenciales, el que Norteamérica se encontrase situada ante el claro dilema de optar por una inalterable pasividad o de hacer manifestación clara e inequívoca de sus propósitos. ¿Fue la acción singular de los Estados Unidos la que impidió la renovación o iniciación de la guerra en Corea, Indochina y Formosa? Walter Lippmann, el conocido columnista norteamericano (*New York Herald Tribune*), 20 enero 1956, cree que la disuasión alcanzada en Corea, Indochina y Formosa, no se generó por la acción singular de los Estados Unidos, sino por motivaciones bilaterales, ya que si bien es cierto que los comunistas fueron disuadidos por la actitud de Norteamérica, también lo es, que el retroceso de Rhee, Chiang y del Almirante Radoford, se debió al temor de una réplica rusa. Los Estados Unidos, no sólo anunciaron que lucharían si fuese cruzado nuevamente el Paralelo 38, sino que a su vez se comprometían a no rebasarlo. No se lanzó una ofensiva aérea sobre Dien Bien Fu, ante el temor de que los chinos desencadenasen una ofensiva sobre Corea. De modo que actuó, bilateralmente, un sentido prudencial. Se firmó un tratado de alianza con Chiang que comprometía a los Estados Unidos a defender Formosa, caso de ser atacada, pero al propio tiempo se hizo saber a Pekín que Norteamérica no consentiría a Chiang atacar la tierra firme china. En suma, que la política internacional de Norteamérica en Extremo Oriente, ha quedado en tablas, empleando un término de ajedrez.

Si los reparos de Walter Lippmann, encierran consistencia, la deducción a establecer, sería la siguiente: substancialmente la «Brink of War Policy», no alteró substancialmente el más grave de los problemas planteados en esta década posbélica: la prolongación del *statu quo*, cuyo alargamiento en el orden del tiempo, constituye un triunfo a inscribir en el haber de Rusia y en tanto ese *statu quo* posbélico siga constituyendo una realidad, la gran interrogante de la postguerra permanecerá suspendida, de modo amenazante, sobre nuestras cabezas y si, como hemos sostenido reiteradamente una de las máculas achacables a la denomi-

nada política de contención, es que constituye un medio indirecto de garantizar a Rusia la intangibilidad de *statu quo*, lo propio puede decirse de la «Brink of War Policy».

Sin embargo, no olvidemos que tanto Foster Dulles como Eisenhower, han elevado a la condición de uno de los puntos básicos de su política internacional, el principio de la liberación de los pueblos esclavizados. Respecto de tal extremo, la «Brink of War Policy», es inoperante. A este propósito escribía Foster Dulles en LIFE (mayo de 1952): «No descamos una serie de levantamientos sangrientos y represalias. Puede lograrse una separación pacífica de Moscú, como lo evidencia la experiencia de Tito y la esclavitud puede resultar tan onerosa para el sojuzgador que éste abandone su presa. Lo importante es que los Estados Unidos, como defensores de la libertad del mundo, hagan saber públicamente que desean y esperan que la liberación llegue a consumarse».

Es la que antecede una interpretación, increíblemente idílica, del problema dramático, planteado a los pueblos privados de libertad. En ningún caso Rusia renunciará voluntariamente a la satelización por ella impuesta. Lo que sí puede suceder es que esos pueblos sometidos, estimulados por las manifestaciones liberadoras de los Estados Unidos, se levanten un día en armas frente a Rusia; llegado dicho instante, los Estados Unidos no podrán desentenderse del problema, ya que en otro caso podrían reprochar esos pueblos satelizados a Norteamérica, que, incitados por sus prédicas y animados por su estímulo, se habían sublevado y al llegar a ese instante crucial de su tragedia, los Estados Unidos los dejaban entregados a una lucha desigual en la cual necesariamente habían de sucumbir. ¿Osaría Foster Dulles advertir a Rusia, que, en caso de una sublevación en masa de los pueblos esclavizados, Norteamérica, ante esa lucha desigual prestaría su colaboración a los oprimidos? No creemos que hasta tal extremo pueda extenderse la técnica del riesgo calculado, lo cual significa que su eficiencia es a la vez limitada y condicionada.

III.—«TESTS» APLICABLES A LA EXPERIENCIA DEL RIESGO CALCULADO

Defractores y panegiristas de la integración europea.—Vencedores, vencidos, continentalistas e insularistas (Francia e Inglaterra).—El metropolitanismo, como obstáculo a la integración de Europa y en cuanto factor indirecto de la guerra fría. El llamado monolito ruso y su consistencia.

Cuando se alude al sistema del riesgo calculado, generalmente se adscribe a Rusia la puesta en práctica de dicha técnica, **especialmente en lo que** atañe a la instalación de abcesos de fijación o sistema de las guerras, circunscriptas y limitadas en el orden del espacio. El riesgo no debe inscribirse en el haber del sistema, específicamente considerado sino en la consideración de **que no hay** garantía plena de que un riesgo, inicialmente **circunscripto**, no pueda transformarse en contienda generalizada. Consideramos que la tesis expuesta refleja una gran parte de la verdad, pero no toda la verdad. De ahí la necesidad de ampliar el concepto del riesgo calculado, refiriéndose a otras normas de acción, que **no entran en la categoría de** guerras limitadas. Esas coyunturas que se brindan a Rusia, para especular con el riesgo, coinciden prácticamente con todos **los** problemas planteados, a lo largo de esta década posbélica. En lo que a tales coyunturas atañe, estimamos necesario consignar, que no siempre constituyen fruto de la discutible habilidad diplomática de la U.R.S.S., ya que frecuentemente se brindan a Rusia posibilidades de incrustación, en las fisuras, que son realidad en el frente dialéctico del mundo occidental.

Entre otros ejemplos que pudieran ser aducidos, quisiéramos referirnos a los dos siguientes: el problema de la integración europea y la cuestión relativa al colonialismo, el segundo, no sólo conectado al primero, sino constituyendo su lógico complemento.

En alguno de nuestros libros, hemos pasado revista, sino a todos, por lo menos a los más relevantes argumentos, in-

vocados por los que concentraron sus disparos dialécticos, hasta lograr el irremediable hundimiento del Tratado de 27 de mayo de 1952, instituyendo la Comunidad Europea de Defensa. Sería aventurado tomar posición en lo que concierne a la fortaleza de los argumentos esgrimidos, por detractores y defensores del Tratado de 1952; sobre si eran portadores de cargas dialécticas y desemejantes y tal desigualdad se traduce en beneficio de la habilidad argumental de los impugnadores o si éstos tenían a su alcance apoyaturas de que no disponían, en parecido volumen, los europeístas. Ahora bien, por encima del problema citado, debemos referirnos a otro que formularíamos así: ¿es cierto que de los signatarios del Tratado de 1952, se exigían sacrificios de su soberanía, en medida que no podía ser compensada por los hipotéticos beneficios de la propugnada integración europea? Desde luego, juzgamos que ninguno de los bandos discrepantes estaban capacitados para calibrar el valor de sus argumentos y de las alegaciones de sus oponentes. Con toda clase de reservas y creyéndonos situados en una zona serena, a donde no alcanza el eco directo del apasionamiento de europeístas y antieuropeístas, nos parece tolerable consignar que la polémica citada giraba en torno de un problema básico: una Europa integrada, sólo puede alcanzar la condición de tal, utilizando como elemento nutricio la suma total de aquella porción de soberanía que se aviniesen a enajenar, los componentes de un viejo mundo remozado. Ahora bien, todos los llamados a proporcionar el alimento de esa Europa integrada, ¿estaban en las mismas condiciones? En modo alguno. Existía, cuando menos, desigualdad de hecho, que podemos referir a los siguientes extremos: de un lado los vencedores, de otro, naciones, unas vencidas y otras rendidas incondicionalmente; brindar a unas y a otras la coyuntura de integrar la nueva Europa, hacía presumir, que, las más o menos satisfechas con el *statu quo*, harían suya la tesis de los intereses creados, a los cuales siempre resulta explicablemente doloroso renunciar, oponiendo a tal fin toda suerte de objeciones (caso de Francia), en réplica a otros Estados que se produjeron como portadores de una evidente in-

clinación europeísta (ejemplo ofrecido por Italia y por la Alemania Federal).

Otra nota diferencial: unos Estados, por el hecho de verse incluidos en el número de los vencedores, consideraban que se les brindaba coyuntura para no truncar un protagonismo, que consideraban incluso como una especie de derecho natural y como la continuidad de tal posición, hipotéticamente relevante, podía ser afectada por la readmisión de los Estados relegados, que dieron muestras de no haber perdido su tradicional dinamismo, ello explica la tendencia a diferir el epílogo aunitivo, aduciendo como motivos del aplazamiento, en ocasiones un extraño neutralismo y a veces la posibilidad de instaurar una tercera fuerza, sin percibir que tal instalación debía considerarse en razón directa del grado de integración que Europa lograra alcanzar.

Como complemento de las alegaciones que anteceden, podemos referirnos a otra causa de disparidad: dos países europeos, Francia e Inglaterra, ostentan pluralmente la condición de ser titulares de los dos más grandes imperios coloniales en el momento actual; el uno —el británico— en proceso de ocaso, registrado dentro de ciertas características biológicas; el otro —el francés— en fase epilodal, de índole patológica y salpicado de esa marcha descendencial, de episodios dramáticos, que son realidad, acaso porque Francia no supo o no quiso percibir, que el metropolitanismo, mantenido con rigidez y hasta con intransigencia, sólo puede implicar el acortamiento **de un proceso de descomposición imperial**. Ambos imperios coloniales, en cuanto prolongaciones extracuropeas, planteaban un problema de acentuada apariencia dilemática. Si las dos metrópolis se obstinaban en desdoblar su plural condición de naciones colonialistas y de Estados Europeos, irremediablemente, al hacer frente a esa crisis colonial, reacción específica de quien retiene para sí el cetro ultramarino, en la misma proporción se menguaría la eficiencia de la participación de esos Estados colonialistas en el dispositivo de defensa europeo. Al propio tiempo, la relación exclusiva de la metrópoli con las colonias, al margen de toda participación de los otros Estados, llamados a integrar la futura Europa, despojaría a la potencia colonialista

de aquella aconsejable comprensión, requerida para hacer frente a una crisis colonial de indudable gravedad.

La segunda posibilidad, aún hoy afejada de toda inmediata realización, consistiría en no apartar el pensamiento del viejo mundo, de una evidencia: que Europa, si está lejos de bastarse a sí misma, en tanto siga sometida al actual prejuicio de su dispersión, ese déficit vital no se desvanecería con su integración, ya que entonces aparecería con perfiles destacados, la evidencia de que sólo en la constitución de Euráfrica, podría encontrar el viejo mundo, si no solución, por lo menos atenuación a su actual situación aflictiva. Creemos que ninguna de las principales cuatro naciones, usufructuarias de amplios imperios coloniales en Africa (Inglaterra, Francia, Bélgica y Portugal) han pensado, ni remotamente, en que pueda ser nunca realidad Euráfrica, por atenerse a la idea de la perennidad de su metropolitanismo.

Si es evidente lo que dejamos consignado, las consideraciones que podemos extraer de ese balance de la situación posbélica europea, desearíamos consignarlas seguidamente, centrándonos nuestra atención en un extremo que estimamos relevante, esto es, si la guerra fría carece de coyuntura de instalación, allí donde no se ofrecen fisuras en el bloque de los oponentes y la vigencia innegable de tal fenómeno posbélico, ahorra todo esfuerzo encaminado a evidenciar su vitalidad. Otra deducción, no menos digna de ser consignada: el mundo posbélico, tanto a un lado como al otro del telón de acero, vive en situación de perceptible perplejidad y la inestabilidad puede considerarse como la antesala del riesgo. Acaso se nos oponga un reparo, objetando que no puede hablarse de inestabilidad y de riesgo, referida genéricamente a los dos mundos, separados entre sí por la cortina de la impermeabilidad soviética, habida cuenta de que no asoman al exterior (aún cuando subterráneamente existan) discrepancias en el seno del inmenso monolito soviético, en tanto las fisuras en el mundo libre se exteriorizan en la misma medida en que son realidad; de ahí una consecuencia, no desprovista de relevancia: desequilibrio polémico entre ambos campos, con notorio beneficio en favor del todo monolítico. Tal objeción, merece, por nuestra parte, el siguiente

reparo: si el sedicente monolítico soviético, constituye auténtica unidad coherente y orgánica, no resultaría fácil explicar cómo Rusia, en su actuación internacional, manipula artilugios, tan dispares entre sí, como lo son incuestionablemente las técnicas de la guerra fría, de la paz fría y de las ofensivas de paz, unas y otras puestas en acción, a tenor de la evolución registrada en el seno de la U.R.S.S. a lo largo de un visible proceso de crisis política, siempre latente, pero acentuado de modo visible, después de la desaparición de Stalin. Precisamente el empleo ocasional y sucesivo de esas normas de acción, adaptadas a lo que toleran las coyunturas de cada momento histórico, evidencia que Rusia se aventura en la técnica del riesgo calculado, acentuando sus exigencias o incrementando su aparente avenencia, según las circunstancias. Pese al sistema precautorio ruso, de hacer uso de una u otra de tales tácticas, no puede garantizarse que la U.R.S.S. navegue sin riesgo, que sería realidad el día en que Rusia midiese erróneamente el grado de tolerancia o de complacencia de sus oponentes occidentales.

IV.—LA TÉCNICA COMPLEJA DEL RIESGO CALCULADO

Tesis staliniana sobre el proceso de descomposición del mundo capitalista.—Aceleración del proceso, a medio de la retracción del mercado mundial (el sedicente monolito ruso).—El problema quinquenal de 1956-1960 y sus posibles consecuencias.—La penetración económica rusa en el Oriente Medio, en el Sudeste asiático y en Hispanoamérica.—Dos tácticas frente a frente: la rusa y la norteamericana.—Apreciación objetiva de sus posibilidades de éxito.—Neutralismo y merma espacial del mundo libre.—Norteamérica, Rusia e Hispanoamérica.—La sinuosidad rusa y los métodos de la Wall Street. Deducciones a consignar.

Hasta el presente, hemos intentado reflejar lo que encierra el sistema del riesgo calculado referido a problemas que se presentan, en grado, más o menos acentuado, de emer-

gencia. Ese análisis pecaría de incompleto, si no agregásemos algunas consideraciones, en torno a otra cuestión: ofensivas a largo plazo y sin riesgo próximo, pero que plantean al mundo libre problemas acaso más graves y complejos, que los generados por la guerra fría.

La tesis de que nos proponemos hacer mención fué expuesta por nosotros en pasada ocasión (1). Substancialmente expuesta, puede perfilarse así: Pese a cuanto se ha dicho en torno al problema de si es posible instaurar una pacífica y no episódica coexistencia, entre el mundo comunizado y el mundo libre, nos parece evidente, que, no obstante tales escarceos dialécticos, la propia lógica comunista, parece conducirnos a sentar la siguiente conclusión: si, como aseveran los doctrinarios soviéticos, es inevitable la acentuación del proceso de descomposición del mundo capitalista, cuando éste llegue a su ocaso habrá sonado la hora anunciando la ecumenización del comunismo rusificado. De ser cierta esta versión, que, por más de un motivo, estimamos claramente recusable, podría sentarse una relevante conclusión, a saber, que el tiempo, al sucederse, trabaja en favor del comunismo y a éste no le resta otra misión, que el de sentarse al borde del camino de la historia, en espera de ver desfilar ante su puerta el féretro conduciendo el cadáver del capitalismo.

A esa construcción aparentemente lógica le han opuesto reparos sus propios valedores, alegando, que aún siendo inevitable el proceso de descomposición del mundo capitalista: es deber de los comunistas, trabajar en el sentido de lograr, abreviándolo, la aceleración de tal proceso. A tal preocupación responde la tesis sostenida por Stalin en la Revista «Bolchevik» (octubre 1952), que resultó ser el testamento político del fallecido autócrata ruso, muerto el 5 de marzo de 1955. Stalin sostiene como tesis básica: 1.º—que estamos avanzando en un camino que conduce a la desarticulación del mercado mundial; 2.º—que dicha retracción agudizará de tal modo la hostilidad entre las potencias colonialistas, que, en

(1) Camilo Barcía Trelles "El problema de alteración del equilibrio en el mundo posbélico". San Paulo, 1955. Páginas 52-63.

definitiva, estallará una guerra en el seno del mundo capitalista. De cómo el mercado mundial ha perdido la condición de tal, nos da una versión Stalin en su citado artículo. Se había lanzado la idea del Plan Marshall, con el diseño original, de que podrían disfrutar de sus beneficios, cuantos Estados acudiesen a la conferencia convocada en París, para convertir en realidad actuante los propósitos de ayuda norteamericana. Ni Rusia ni los Estados satélites, concurren a dicha reunión, quedando implícita y voluntariamente, segregados de la organización de ayuda planeada. Así, por repercusión, nació un bloque o monolito económico-comercial, integrado por 300 millones de consumidores (Rusia y los Estados satélites). A esa masa de consumidores había de agregarse después la representada por 500 millones de chinos. en suma, una masa de 800 millones de consumidores-productores, se veía segregada de lo que había sido hasta entonces mercado mundial. Así, al retraerse tan acentuadamente el área del mercado mundial, las potenciales disidencias, existentes en el seno del mundo capitalista, se verían agudizadas, hasta el extremo de no ser verosímil asignarles otro epílogo que el de una guerra intercapitalista.

Cuatro años se han sucedido, desde que fueran exteriorizadas las predicciones de Stalin, sin que hasta el presente hayan sido éstas realizadas. Es cierto que en Rusia viene prediciéndose que los Estados Unidos lograrán aplazar el epílogo a largo plazo, una crisis tan impresionante como la registrada en el año de 1929, pero tal especulación de tipo catastrófico, al no ser confirmada por los hechos, indujo a los profetas de la catástrofe a buscar una explicación al hecho, alegando que si los Estados Unidos lograrán aplazar el epílogo de lo que en Rusia se consideraba como declinante prosperidad norteamericana, ello se debía a la política de rearme norteamericano, que ha prolongado esa engañosa prosperidad. El hecho de que se esgrimieran tales intentos explicativos, parece evidenciar que no hay fortaleza dialéctica en las lúgubres profecías de los doctrinarios moscovitas. Pero son los propios teorizantes rusos, los que parecen reconocer (a caso sin percibir la existencia de ese asentimiento implícito) que algo ha fallado en ese anticipado balance de lo que porta

en sus entrañas el mundo posbélico. Pensamos así, atentos a lo que consideramos seguidamente.

En Rusia va a ponerse en acción un nuevo plan quinquenal (el de 1956-1960) siendo objetivo del mismo alcanzar y rebasar lo que pueda ser logrado por la más poderosa nación capitalista. Dicho plan quinquenal fué aprobado por el 20.º Congreso del Partido comunista, reunido en Moscú en el mes de febrero de 1956; se prevé el incremento de la producción industrial en un cincuenta por ciento; la población en 1960, será de 227 millones de habitantes; se producirán 68 millones de toneladas de acero; 53 millones de toneladas de hierro fundido; 593 millones de toneladas de carbón; 135 millones de toneladas de petróleo y 320.000 millones de quilowatios - hora; se estima que la capacidad de impuesto, subirá en un sesenta por ciento y el capital que el Estado invertirá en ese plan quinquenal, ascenderá a 990.000 millones de rublos; se incrementará en un cincuenta por ciento el número de especialistas. ¿Cuál es el destino que se asigna a esa hipotética y mastodóntica organización de producción?

Nos lo revelan las declaraciones de Bulganin a la Revista Hispanoamericana «Visión». Rusia aspira a establecer relaciones comerciales y diplomáticas con las Repúblicas Hispanoamericanas, basadas en la coexistencia pacífica y en la cooperación amistosa entre Estados, abstracción hecha de su respectiva estructura social y política. En la actualidad, Rusia, ya bien sea a través de relaciones diplomáticas directas (con Méjico, Argentina y Uruguay), ya por el intermedio de los países satélites, ha logrado que el bloque soviético concertara 20 convenios comerciales, con el bloque hispanoamericano. La U.R.S.S., pretende, sencillamente, reiterar en Hemisferio Occidental, lo que iniciara en el Oriente Medio y en el Sudeste asiático; en estos dos sectores del mundo, se presenta la U.R.S.S. como liberadora, haciendo saber a los pueblos requeridos que se había terminado el virtual monopolio en materia de empréstitos, que sólo beneficiaba a los prestamistas del mundo capitalista. Los propios críticos norteamericanos han destacado lo que hay de peligrosidad y de coyuntura en este ademán soviético, brindando cooperación a las Repúblicas hispanoamericanas. Así lo da a entender

Walter Lippman («The Soviet formula and ours». «New York Herald Tribune», 23 enero 1956), cuando destaca lo que considera técnica discrepante de cooperación de Rusia y de los Estados Unidos en Hispanoamérica; los rusos no practican el sistema norteamericano (giving anything for Nothing), sino que proponen el intercambio (productos manufacturados, por primeras materias y productos agrícolas). El sistema del intercambio encierra un alto valor político, en contraste con la ayuda unilateral (frecuentemente prestada con la contrapartida de conclusión de alianzas militares) que en el fondo molesta a los beneficiarios; el sistema de intercambio ruso es más sutil y despierta menos suspicacias por parte de las Repúblicas Hispanoamericanas. La fórmula soviética — siempre según Lippmann — se nutre de tres elementos: 1.º posibilidad de que la órbita soviética absorba el excedente de alimentos y primeras materias de que pueda disponer Hispanoamérica; 2.º—exportación, por parte de Rusia a Hispanoamérica, de productos fabriles y armas; 3.º—Rusia no busca aliados en el Oriente Medio, en Hispanoamérica y en el Sudeste asiático, como es el caso de Norteamérica; aspira simplemente a fortalecer las inclinaciones neutralistas, alejando a esas Naciones, hasta donde ello sea factible, de la órbita norteamericana. Rusia ofrece además técnicos, acaso pensando que, aceptados, pueden constituir la antesala de la penetración política. ¿Tiene nada de sorprendente que Rusia intente extraer provecho de la coyuntura que se pone a su alcance? He aquí una técnica, sin grave riesgo, posiblemente de acentuada eficiencia a largo plazo y que constituye un nuevo artilugio al servicio de la guerra fría.

Se nos dirá (así lo hacía presente el «New York Herald Tribune») que no debe causar alarma el que Rusia pretenda elevar su actual intercambio con Hispanoamérica, de 200 a 600 millones de dólares, ya que ello bien poco significa, parangonado con los siete mil millones de dólares a que asciende el intercambio comercial, entre las Américas del Norte y del Sur, pero es el propio «New York Herald Tribune» (editorial de 21 enero 1956), quien da la voz de alarma al decir: nuestra política con esas naciones hispa-

noamericanas, ha sido buena, pero cabe preguntarse si ha sido lo suficientemente buena. No debe revestir la forma de ayuda emergente, sino la de cooperación brindada a largo plazo, ya que de otro modo, al sur del Río Bravo, se nos dirá que nos acordamos de esas Repúblicas, cuando estimamos necesaria y urgente su cooperación, para olvidarla, una vez pasada la crisis. Como ejemplo se cita el de la Conferencia económica interamericana, reunida en Brasil en 1954, donde se estudió la posibilidad de instaurar un Banco Hemisférico. sugerencia que mereció por parte de los Estados Unidos la indiferencia, ya que no el desdén. Rusia quiere extraer provecho de las posibilidades que le depara la situación, sino de crisis, cuando menos de reajuste en las relaciones de los Estados Unidos, con las otras Repúblicas americanas. Hispanoamérica resultaba indirectamente favorecida por la política norteamericana de aislacionismo, habida cuenta de que cuanto más se alejaba Norteamérica de las complicaciones del viejo mundo, tanto más se acentuaba su conexión con las Repúblicas hispanoamericanas. Pero al ser desplazado el aislacionismo norteamericano (acaso resultaría imprudente hablar de su definitivo e irremediable ocaso) y proyectadas las preocupaciones internacionales hacia los cinco mundos y los siete mares, irremediablemente se produjo la relegación del factor hispanoamericano, cuyo marginalismo posbélico, perceptible a los ojos de cualquier imparcial observador, tenía necesariamente que impresionar a los que contrastaban la realidad de su alejamiento y como Hispanoamérica no puede desentenderse de los problemas internacionales, explicablemente tenía que pensar en un reajuste de sus relaciones económicas y comerciales, animada por la secreta y explicable esperanza, de que se le ofrecía coyuntura de manumitirse, de lo que se consideraba como poco grato monopolio norteamericano. La Wall Street proyectó acaso excesiva y reiterativamente su influencia sobre el resto del Nuevo Mundo y esa política, más de prestamista que de filantropía, creó un excusable resentimiento.

Los Estados Unidos no lograron percibir lo que se arrastraba a medio de esta corriente subterránea y en más de una ocasión prefirieron hacer frente a las apariencias, ig-

norando o desdeñando las realidades. Así actuó en la Conferencia Interamericana de Caracas, como vocero de la lucha anticomunista en el Hemisferio Occidental, no prestando debida atención a la circunstancia de que la crisis económica, afectando más o menos intensamente a las Repúblicas hispanoamericanas y creando una situación de malestar, antesala del confusionismo político generaba un clima propicio para que prendiesen toda suerte de propagandas, incluso las más indeseables. Ahora Rusia, con su propuesto sistema de intercambios, tratará de explotar lo que éste puede significar como contraste respecto de la Wall Street. En este sentido, lo difuso del riesgo, exigía de Norteamérica el captar toda la complejidad del problema, frente al cual resultará inadecuado e ineficiente el sistema del «Brink of War», ideado para hacer frente a problemas que se dan en el continente asiático, pero que no tienen realidad en el Hemisferio occidental. Aquí existe riesgo a largo plazo y precisamente el aspecto dimencional y temporal del mismo, requiere la adopción de medidas reactivas, no episódicas, sino concebidas como parte integrante de un plan orgánico, global y perdurable.

CAMILO BARCIA TRELLES
CATEDRÁTICO
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO